



FEDERICO GUILLERMO IV, REY DE PRUSIA.



ace algun tiempo que los diarios alemanes venian llenos de curiosos detalles acerca del atentado cometido con el rey de Prusia, en el cual estuvo próximo á perecer.

Luis Tschesch, autor del crimen, era hijo de un pastor luterano; pero abandonado de este, aun cuando pudieron recaer sobre el infeliz anciano las sospechas mas vehementes, desaparecieron estas tan luego probó su absoluta independencia del criminal.

La descarga fue dirigida y preparada por Tschesch, atravesando una de las balas el algodón interior de su manto, y la otra rozando levemente el hábito. Dicese, que la causa de su atentado fué, que habiendo hecho dimision de su destino de burgomaestre en 1841, se dedicó al comercio, donde le acabaron de arruinar sus especulaciones comerciales: entonces solicitó un empleo, el que se le negó en vista de su anterior conducta. Esta repulsa acabó de exasperarle, y en uno de sus accesos de furor, concibió el horroroso plan que puso en ejecucion.

De uno de sus interrogatorios resulta, que si bien estaba determinado á herir al monarca, un instante antes le decidió á ello, haber visto una joven y bella dama, vestida de negro, entregar una súplica al rey y á la reina y que sus Magestades la recibieron sin prestar atencion en la persona que les suplicaba, ni dirigirle una sola palabra. Este aserto fué desmentido por el gobierno de Prusia en la *Gaceta Universal*, por medio de Mr. d' Arnim, ministro del Interior.

El rey de Prusia tiene 50 años de edad, habiendo nacido el 15 de octubre de 1795; sucedió á su padre en 17 de junio de 1840.



IMPRESIONES DE VIAJE EN 1845, A LISBOA Y SUS CONTORNOS.

INTRODUCCION.

Mi principal objeto fue el de escitar con este pequeño ensayo el celo y patriotismo de nuestros viajeros españoles.....

El Curioso Parlante.

En las diferentes y numerosas colecciones de viajes que ha publicado la prensa española de algunos

años atrás, adviértese una notable semejanza, que separa á distancia considerable los relatos de los autores, partiendo en dos mitades distintas el campo ameno de este ramo literario. Hânse propuesto los unos en sus descripciones científicas, artísticas, ó monumentales, instruir cumplidamente al lector, ya de un punto especial que creyeron útil en su aplicacion á nuestra patria, ya de muchos á la vez, que ellos, al parecer, profundamente estudiaron, con la mira laudable de ahorrar este trabajo á quienes recorran las páginas del libro, cabe el grato fuego de una chimenea en el invierno, ó bajo el fresco follage de un jardín sombrío en el verano, sin la molestia y desembolso que causaron tales placeres al escritor viandante.

Los otros, mas modestos (si bien quizá no menos provechosos, porque abriguen limitadas pretensiones) lejos de intentar con sus apuntes, que satisfecho el público adquiriera en su sola lectura la ilustracion cabal y perfecta de los lugares que visitaron, han creído unicamente prestar un ligero servicio al suelo que los vió nacer, supliendo el silencio de anteriores viajeros, y aguijando la natural curiosidad de las personas acomodadas, de las instruidas, y de las mas aptas para emprender aquellas mismas expediciones, y para escitar una noble emulacion en los literatos españoles, que con notable mengüa de esta comenon de la época, no han escrito de las provincias y reinos que aquellos atravesaron, como debiera en justicia esperarse de sus talentos, y de los medios materiales y morales que poseen con relacion al objeto presente.

Deseando nosotros, al emprender este incorrecto bosquejo, que se nos cuente entre los segundos, y no en la elevada region de los primeros, tenemos aun que alegar una disculpa mas de las que generalmente se esponen por estos sencillos y humildes peregrinos, que protestan una vez y otra, no se busque en medio de sus borrones de brocha gorda, y entrelas hojas de su vulgar narracion, enlace en los sucesos, homogeneidad en las partes, filosofia en los pensamientos, y erudicion en las descripciones.

Búsqese únicamente el buen deseo de picar el curioso anhelo, de quien viajando y estudiando despues, (como ya dijimos,) corrija las faltas de estas narraciones primeras; y agradezca al mismo tiempo que hubo antes persona, que le abriese tan honrosa via.

Mas, la escusa que arriba apuntamos, y que deja á salvo nuestra osadia en arrojarnos en mitad de la confusa muchedumbre de historiadores ambulantes, que con la cartera en una mano y la fusta en otra, montan á caballo, saltan al estribo de una Diligencia, ó abordan por un costado al Vapor, con ánimo resuelto de someter á su leve cetro, (tomado del ala de un ánsar) los sucesos, las costumbres, las instituciones, y aun la fisonomia de las apartadas tierras que examinan y descubren ellos por la vez primera: esta escusa, que nos impele á tomar tan sin méritos de nuestra parte la investidura de *relatores por la posta*, hállese precisamente en la calidad y circunstancias especiales del viaje rápido que diseñamos.

Lisboa y sus contornos, haciendo parte de nuestra Península Ibérica, enlazándose á España por su posicion geográfica, por las antiguas y modernas usanzas de sus hijos; por sus vicisitudes con frecuencia; por sus revueltas y desastres á menudo; por su romántica historia; antes, ahora y siempre; este pueblo, repetimos, es menos conocido entre nosotros,

que Londres y París, que Bruselas y Amsterdán. Veamos, sino, lo que sucede.

Propónese uno de nuestros compatriotas abandonar por media docena de meses la coronada Villa de Madrid, y apenas ha tenido la debilidad de anunciar en confianza á dos de sus amigos, que la semana entrante piensa marchar con dirección al Pirineo, que intenta cruzar la Suiza, visitar los Alpes, estudiar á Roma, gozar de la Capital de Francia, ó admirar á la soberbia Albion en su ciudad inmensa, ya le ofrecerán cartas, recomendaciones, Guías y Manuales del viajero; tarjetas y grabados de los establecimientos públicos; notas y apuntes manuscritos del estado de los caminos, de los precios de los carruajes y buques, de la situación de los *Hoteles*, de los Teatros, de los Edificios y Monumentos insignes; con el obligado presupuesto (si es que á tanto alcanza su curiosidad impertinente) que baste á cubrir sus necesidades de primero y de segundo orden, en escalas y proporciones diversas, según sean mas ó menos favorables sus circunstancias financieras.

Pero, vaya V. á Lisboa; y antes, anúncielo, si gusta, á sus conocidos mas movibles...—«¿A Lisboa; Don Sempronio!»—le dirán:—«¿Ha perdido V. el seso...? Ignoro ciertamente qué pueda V. gozar allí. Jamás oí hablar de aquella poblacion, sino como de un lugar inmundo y grosero, sin artes, sin edificios de importancia, sin poesia, sin placeres.»—«¿A Lisboa!»—Dirá á V. D. Policarpo, que felizmente estuvo allá emigrado en 820.»—Amigo mio: la marcha de V. es inútil. Aquello ofrece poco, y referiré en dos palabras lo que contiene. Hay una calle muy larga que llaman de la Plata; otra que nombran del Oro; y muchas otras, tortuosas, oscuras y sucias, atestadas de gallegos, de *Portuguesinhos finchados*, y vulgares mercaderes. No hay alumbrado; ni aceras; ni medio alguno de pasear, ni de vivir cómodamente. Al oscurecer se roba en todas las esquinas; se dá el populacho de puñaladas en las plazas; se arroja la basura en los lugares mas públicos, y cada cual se vá á dormir en medio del desaseo de su propia casa, si lo dejan.»—«Pero..., D. Policarpo: (insta el viajero en ciernes) ¿y los monumentos de aquel país...? ¿y los recuerdos de la edad pasada...? ¿y la belleza de los campos...? Nada de esto existe?»—Nada, amigo mio: es decir, casi nada. Porque es verdad; si las cercanías de Lisboa son amenas, respecto á lo demás no puedo á V. indicar cosa alguna digna de mencion. En fin; si V. se empeña, por sí mismo lo verá.—«Y suponiendo todo eso, podrá V. al menos indicarme en qué librería de Madrid, de Sevilla, de Barcelona ó de Cádiz hallaré algun Manual; una Guia; un pequeño libro, en fin, donde el viajero pueda consultar lo poco que ofrezca aquella Corte de noble ó de curioso, al través de tanto objeto repugnante, como acaba V. de describirme...?»—Un Manual! nada menos que un Manual solitaba V., Don Sempronio! (repondrá el antiguo proscrito). Medrados estamos por cierto! Aun se halla por imprimir en ambos Reinos Peninsulares, cosa que á eso se parezca. Pues, le juro por D. Juan VI, á quien conocí, como á V. mismo, que ni Españoles, ni Lusitanos han pensado jamás en la necesidad de ese libro, hasta el día de la fecha.»—

Con estos y otros semejantes precedentes; y con el mas amargo desengaño por añadidura, si imagina

tropezar en aquesa obra periódica, en el rincón de esotra imprenta, ó en la biblioteca de un amigo con artículos estensos descriptivos del Portugal de nuestros días, que llenen en parte aquel vacío, apenas se atreve el viajero, por intrépido que sea, á visitar un país tan olvidado, que escaso interés puede ofrecerle, á trueco de sus fatigas y desvelos. Y, he aquí, por qué, despues que con la presencia de las cosas se rectifican las ideas, y se juzga de otra suerte respecto á aquella ciudad notabilísima, creímos de nuestro deber consignar nuestras propias impresiones, y delinear en pocos rasgos cuanto pudimos observar en nuestra permanencia en Lisboa y sus contornos; para que este desaliñado é incorrecto relato, nueva y escite á españoles dignos, quienes habrían de recoger no escasa gloria con la publicacion de un libro del viajero en Portugal, que abrace no solo la descripción exacta y mas difusa de los puntos que tocamos, y cuanto en ellos se encuentra, sino la de las poblaciones de O-Porto, Coimbra, Braga, Santarem, Setubal, Guimaraes, la de los Monasterios de *Batalha* y *Alcobaza*, y la de otros sitios de menor importancia, pero de sabroso recuerdo, y grato solaz, para las personas que se propongan visitar aquella interesante porción, que fue un día de los dominios españoles.

A lo que acabamos de esponer, y al deseo de que se haga justicia al talento y al gusto de nuestros vecinos los portugueses, se reduce nuestro objeto: y por mas que el crítico descontentadizo y burlon trate de buscar á este ensayo mas ámplia y robusta base, mayores y ocultas miras, cansará en valde el cerebro, á trueque de ejercer su despiadada censura. Ni presumimos de literatos, ni de artistas, ni de poetas tampoco. En la escala científica, del propio modo que en la política y administrativa, no ocupamos puesto alguno: y (siquiera parezca una paradoja en estos benditos tiempos) ni hemos llegado á ser diputados, ni gefes políticos ni intendentes, á pesar de que nacimos en días tales, que es necesario escardar tan abundante cosecha de estas cosas, como queria hacerlo el buen Sancho de los *Dones* de su época. Agenos de ínfulas de la una y de la otra especie, satisfechos en nuestro hogar, y mirando tranquilos las borrascas que se desencadenan de vez en cuando en aquel y en este horizonte, creemos servir á nuestro país por diferente rumbo que los mas.

Delinearemos, conforme los materiales se nos vengán á las manos, y con la posible rapidéz, los objetos culminantes que hubimos de admirar en Lisboa, y en los bellísimos paisajes que la ciñen, garantizando la exactitud y la verdad mas severa, sin formar por eso un ordenado y artístico relato. Nos hallamos, por otra parte, y consultando á nuestras propias fuerzas, mas capaces de retratar en bosquejo las dulces y gratas sensaciones recibidas allí, que de trazar geométricamente con el compás y la plancheta el plano de los lugares que visitamos.

En vez de medir las altísimas torres de *Maфра*, y de señalar al lector las toésas que se levanta sobre el nivel de los mares el fantástico *Castello da Penha*, le rogaremos que escuche en la media noche el eco sonoro é imponente del gran reloj del Real Monasterio, cual nosotros con emocion lo escuchamos; y le pediremos que suba al palacio Feudál para disfrutar desde allá la mejor perspectiva del mundo.

En una serie de artículos sucesivos, mas ó menos estensos, segun la importancia del objeto que los motive, presentaremos á nuestros lectores la vista general de Lisboa y la de sus plazas mas notables; de sus principales calles; de sus Palacios, Templos, Acueductos, Monasterios, Teatros, Jardines, Paseos y Quintas de placer; (dándole cuenta tambien por el orden con que nosotros recorrimos aquellos puntos) de las bibliotecas, academias, Museos, y *Asambleas*, sin omitir tampoco uno que otro apunte sobre las preciosidades artísticas que aquella Metrópoli encierra, y alguna observacion ligera sobre el estado del *Teatro Nacional*, al presente.

Hablaremos despues, del Real sitio de *Cintra*, y del gigantesco convento de *Mafra*; porque escribir de Lisboa y no mentar esos dos florones que esmaltan la corona de los monarcas portugueses (si bien en parte los censuramos) seria un tanto menos que no decir nada al propósito que tratamos.

Por último, salpicaremos con cuatro toques de grosero pincel, las postreras páginas de la presente obra, mencionando diversos trajes y costumbres del pueblo lusitano, que le prestan hoy todavia cierto carácter peculiar suyo, y daremos cabo á aquesta humilde empresa, con la verídica y esacta pintura de la procesion *do Corpo de Deos*, tal como se ha celebrado el año de gracia de 1845, en la magnífica y pomposa Corte del vecino reino.

Rogamos antes de terminar la introduccion (ya muy difusa de suyo) que se nos mire con la misma indulgencia, que ingenios mas claros para si anhelarán; en gracia de lo asentado anteriormente, y en razon de que no hemos podido haber á las manos ninguna de las antiguas, voluminosas, y no muy comunes obras, que tratan con especialidad de varios de los monumentos que mencionamos: no debiendo olvidarse, que las únicas memorias modernas que existen, hablan muy por encima de algunos de aquellos, omitiendo circunstancias curiosas que no es justo pasar en claro.

Por lo demas (si esto es cierto) nos complacemos en confesar al mismo tiempo, que las luces del autor á quienes nos referimos, han debido servirnos de faro de salvacion en el piélago oscuro de nuestra romeria lisbonense.

Y dado (lector amable) que eres bonazo, sufrido y tolerante por estremo, sino mienten añejos prefacios, y orladas recientes dedicatorias, otórgame tu venia, y ya comienzo.

Alhambra de Granada, 20 de agosto de 1845.—

JUAN ANTONIO DE LA CORTE.



ESTUDIOS HISTORICO-BIOGRAFICOS.

DON ALONSO EL SABIO.

ARTICULO I.



ijo este famoso rey de D. Fernando el Santo y de la reina doña Beatriz, hija de Felipe rey de Francia, se crió cual correspondia á su alta clase. Continuamente lloraba su madre acerca de su suerte, sin saber á qué

atribuir aquellos temores, presintiendo desde luego las desgracias que habian de rodear la existencia del sabio y entendido Monarca.

Apenas tuvo D. Alonso edad para empuñar la espada, le hizo su padre que se ejercitase en la guerra. Salió el infante diestro y valiente, al paso que docto en las letras, con cuyas dotes comenzó á dar muestras de sus progresos insignes y nada comunes. Su fama parece que atemorizó al Rey moro de Murcia, llamado Hudiel, pues sabiendo que bajaba de Castilla Don Alonso á la guerra de Andalucía, á causa de que el rey su padre quedaba enfermo en Burgos, le despachó Embajadores á Toledo, donde á la sazón estaba, convidándole con su reino, bajo dos solas condiciones: que fuese el Rey Hudiel bajo el amparo de los reyes de Castilla, para que le defendiesen de todos sus adversarios, en especialidad del moro de Granada, su competidor, y que mientras él viviese, disfrutase de la mitad de las rentas reales para mantener su casa. A una oferta que podria calificarse de seduccion ó de locura, no se resistió don Alonso, y asi antes de que el Moro, reflexionando su desvario, retrajese su palabra, aceptó cuanto se le proponia.

Llegó, pues, el Principe con su campo á la ciudad de Murcia, que le recibió con las puertas abiertas: el rey Hudiel le entregó las llaves del Castillo, y disfrutó de muchos agasajos de los infieles. Las demas fortalezas del reino se fueron entregando lo mismo que la Ciudad. La primera que se le entregó fué la villa de Hellin, castillo entonces de los mas grandes y famosos, y hoy destruido y casi inútil por la carrera del tiempo: Tobarra, Jumilla y Cieza siguieron el mismo rumbo, permaneciendo rebeldes á su ataque las ciudades de Cartagena, Lorca y Mula.

Partió Don Alonso á Toledo á dar cuenta al rey su Padre, que ya convalidado de su mal, habia llegado á aquella ciudad, y alegre por las proezas que le enumeró, se volvió con él á visitar el nuevo y conquistado reino, confirmando á su paso á los moros cuantas franquezas y mercedes les habia hecho el Principe en su nombre.

Movióse por aquel tiempo la guerra de Sevilla, ciudad donde el Santo rey estuvo siempre su pensamiento, y receloso de que mientras se ocupaba en ella, se revelase Murcia ó el rey moro de Granada le inquietase, hizo que el Principe D. Alonso fuese á ocuparla; diligencia que aprovechó tambien para reprimir á D. Jaime de Aragon, que por estar indispuesto con el Principe sobre ciertas diferencias de la raya y términos de los reinos, queria alcanzar la razon con las armas. El castillo de Jumilla fué el embarazo de las dos coronas, que cada una pretendia incluirle en su dominio; litigio que costó por muchos años mas debates que piedras tiene el castillo.—Apaciguóse aquel resentimiento por entonces, con el casamiento del Principe con doña Violante, hija del de Aragon, partido que estuvo bien á ambas partes, y que

fué aceptado con gusto. Celebráronse las bodas en Valladolid, faltando á ellas D. Fernando por no separarse de Sevilla, á cuyo cerco, concluidas las bodas, acudió D. Alonso (desoyendo las súplicas de su esposa) con muy buen cuerpo de ejército, que por ir descansados alivió á los que ya cejaban fatigados de tan continuas luchas. Con este socorro y de muchos grandes, que ansiosos por tener parte en esta obra, se presentaron á porfía, se tomó aquella hermosa ciudad, despues de 16 meses de cerco, en que hubo grandes combates, asaltos peligrosos, escaramuzas sangrientas y sorpresas terribles, donde se hizo célebre por sus hechos y por sus temerarias empresas Garci Perez de Vargas, natural de Toledo.

A poco mas de tres años de la toma de Sevilla, murió en ella el rey D. Fernando, hallándose en su última hora el Príncipe D. Alonso, siendo en la misma ciudad alzado por rey. Lo primero que hizo despues de coronado, fué renovar los conciertos con el rey moro de Granada, llamado Alhamar, y atendiendo á los servicios que hizo su padre le dispensó de la sesta parte del tributo que pagaba, consistente en enviar á Sevilla cada año gran número de los suyos, con cien antorchas de cera blanca, para que hiciesen al rey difunto aniversarios y exequias.

Deseaba mucho el rey D. Alonso tener sucesion, y viendo la esterilidad de doña Violante, se disgustó de ella, y consultó lo que debía hacer á algunos de sus validos, los que le aconsejaron que contragese nuevo matrimonio. Agradóle la medida, y conceptuando que ningun Príncipe de los cercanos habria de otorgarle lo que él deseaba, buscó mujer muy de lejos, recayendo la eleccion en la infanta Cristina, hija del rey de Dinamarca.

En tanto que la enviaban á España con la ostentacion de reina, llegaron á ensangrentarse los enojos, porque sentido el rey D. Jaime de aquel trato, primero con embajadas y despues con señales de guerra, procuró que no se efectuase la mancilla, mas no bastando razones ni amenazas, se declaró el rompimiento. Llegó Cristina á Toledo, en ocasion que la reina Doña Violante iba á probar que la sospecha de su esposo era infundada, y así este, trocado su aborrecimiento en amor, no quiso usar del repudio, y se resolvió á no efectuar el segundo enlace. Cesaron las armas de Aragon y los justos resentimientos de la reina, pero comenzaron otros de Cristina, que aunque el infante Don Felipe, hermano de D. Alonso, renunciando el hábito clerical y la mitra de Sevilla á que era electo, quiso soldar el desaire casándose con ella, no fué bastante para que la pena de la afrenta de ver su suerte tan trocada, no acabase muy luego los dias de su vida. La fecundidad de Doña Violante, pues dió al rey nueve hijos, hizo infeliz á la desgraciada Cristina, verificándose que los placeres de unos suelen ser desventuras para otros.

Apenas hizo D. Alonso las amistades con su

suegro, el de Aragon tuvo que apaciguar los ánimos de los Grandes, que andaban descontentos por las bajas que se hicieron á la moneda; yerro que para enmendarse se aumentó con bajar los precios á las mercancías.

Siguióse á este disgusto la rebellion del rey moro de Murcia, que confederado con el de Granada, quiso recuperar su antigua grandeza. Acudió D. Alonso, y con el auxilio de D. Jaime redujo á su deber á los rebeldes, á costa de muchos debates y encuentros para allanar las plazas en que se hicieron mas fuertes. A este tiempo le llamaron de Alemania para el Imperio, cosa que le acarreó á él y á su reino, hartos desastres. No tuvo en la eleccion mas que tres votos, que fueron el Arzobispo de Tréveris, el Duque de Sajonia, y el Marqués de Brandemburg, pero con solos estos se alegaba ser su eleccion jurídica, á causa de impedimentos que se oponian á la parte contraria, tanto á los electores que eran el de Colonia, el Palatino y el de Maguncia, como al electo que era el infante Ricardo, hermano del rey de Inglaterra. Esforzó la parte de D. Alonso, que el rey de Bohemia, á quien en caso de empate compete la eleccion, le habia otorgado su nombramiento, mas no bastando nada, Ricardo se coronó en Aquisgran por mano del de Colonia, tomando las demas insignias del Imperio. D. Alonso, disgustado y casi impotente por las ingratitudes de los suyos y las continuas luchas con los moros, no pudo acudir con la precipitacion que exijia aquel asunto, dejándolo para una ocasion mas favorable, en que por papeles ó por armas pudiera alegar sus derechos y hacer triunfar su justicia.

Era D. Alonso, aunque de condicion muy afable, tan presentuoso, que por ensalzar la fama de su grandeza, hizo un desatino, capaz de poner en tela de juicio su esclarecido talento. Fué el caso que estando en Burgos, llegó la Emperatriz de Constantinopla arrastrando luto y bañada en lágrimas; le hizo relacion de que habiendo sido echados de su casa y de su imperio por las armas de Paleólogo, habia caído Valduino su marido en las manos del Soldan, y que por su rescate le pedia 130 mil marcos de plata; que el Pontífice y el Santo Rey Luis de Francia la daban dos tercias partes, y que para cumplir la resta le pedia alguna cosa. Esta fué en suma la peticion y la embajada de la Emperatriz, á que el rey acudió tan liberal, ó tan prodigo, que la ofreció toda la cantidad del rescate.

A la fama de esta bizzarria, envió el Rey de Portugal el Príncipe D. Dionís, su hijo, y nieto de D. Alonso, á que pidiese por merced alzase la mano en la paga del feudo que habia ofrecido cuando se unió á la infanta Doña Beatriz, hija bastarda del mismo rey Don Alonso, á causa de que le amparase en el reino de Portugal, y no favoreciesen al rey Don Sancho Capelo. Entonces, pues, ofreció que los reyes de aquel reino pagarian á los de Castilla cierto tributo, sobre que se hicieron sus

homenajes. Pidieron luego la exención, y el rey vino bien en ello. Contradijeron los Grandes, y quien sacó la cara y habló en público por todos, fué D. Nuño Gonzalez de Lara. Poco sirvió la contradicción para que el Portugués dejase de ir contento, no siendo esto maravilla cuando una señora estraña, como la emperatriz, se habia llevado un tesoro.

De estos principios, pues, se armó tal alboroto, que irritados los Grandes, pusieron en armas todo el reino. A costa de muchos afanes se logró apaciguarlos, pero siempre quedaron cenizas de la antigua llama.

Habiendo muerto Ricardo, competidor al imperio Aleman, volvió D. Alonso á sus pretensiones, no habiendo sido bastantes á hacerle desistir de su empeño las prudentes y cuerdas razones que le presentó su suegro D. Jaime. El Pontífice Gregorio X, le envió Legado aconsejándole lo mismo, tanto mas por haber ya nuevo Emperador electo; ofreciéndole las tercias decimales para ayuda á las guerras contra infieles, pues tan antiguo era el derecho que en estas rentas tenían los reyes de Castilla. Nada bastó para que dejase de pasar á Italia, dejando el Gobierno al Príncipe D. Fernando de la Cerda, casado ya con la Infanta doña Blanca, hija de S. Luis, rey de Francia.

Vióse con el Pontífice en Belcaire, lugar señalado para la vista por la amenidad y frescura que tiene bañado por el Ródano. Allí en presencia de los Cardenales informó de su injusticia con un elegante discurso; espresó su agravio, manifestó su idea, dando á entender, que acabarían las armas el debate, si en su mengua se atropellaba su derecho. El Pontífice, que era muy cuerdo y afable, procuró apaciguar la cólera española, que ardía en sus venas; satisfizo á su propuesta, significándole áridos impedimentos, encuentros terribles, guerras crueles, sino desistía de sus designios, y para obligarle mas le echó al cuello los brazos, dándole paz en el rostro. Mostróse grato D. Alonso á esta cortesía, pero mal contento se partió de Francia, sin querer dejar de llamarse Emperador, y usando siempre de las insignias Imperiales, hasta que á fuerzas de censuras le hizo desistir el Papa. Concedióle, empero, en cambio, la tercera parte de los diezmos de las Iglesias, como antes del viaje se lo habia ofrecido. Sola esta recompensa sacó D. Alonso del Imperio; solo este fruto de aquel penoso viaje.

(Concluirá.)

RAMON DE VALLADARES Y SAAVEDRA.



¡DELIRIO!!



o no creia en el amor! Cuando oia á mis amigos hablar de esa pasión, me reia de ellos con sarcasmo, con esa risa cruel, compasiva con que se escucha á un niño deletrear los cuentos que le aduermen y que le preocupan.

Vivia en medio de una sociedad que zumbaba á mi alrededor, bulliciente, convulsa; veia á los hombres téticos, sombríos, oia á las mujeres llorar, y todos repetian una misma cosa; maldecian del amor, cuando no habia para mis ojos una hermosura, ni para mi corazon un latido. Mi escepticismo no era emanacion de un capricho y de una necesidad ridícula, repugnante. Yo veia que los primeros años de mi juventud se deslizaban entre la fria calma de una inercia incomprensible; todo lo veia al revés que los demas; nada me exaltaba, porque como el Arcediano de Soas, solo creia en una cosa, en Dios.

Al principio me llamaban insensible, despues me apellidaron loco: en ambos casos creyeron que yo no comprendia estas calificaciones; sin embargo, yo todo lo oia y de todo me burlaba. Alguna vez, bastantes, me entregaba á los recreos de los demas hombres, pero entonces no gozaba como ellos, porque la imaginacion no predominaba al sentido, porque me faltaba ilusion, porque carecia de creencia, porque no podia convencerme de que dos seres pudieran amarse y vivir con este amor vaporoso, ideal, revestido de espiritualismo mas bien que de deseo. Es mas; no lo creereis, la vista de una mujer, por hermosa que fuere, me incomodaba, pero no con esa incomodidad que nace de la turbacion, del choque eléctrico trasmitido desde los ojos al fondo del alma, sino con ese fastidio que yo no podré definir, pero que me obligaba á elejarme de ella ó á desgarrar su pecho con mi punzante sátira. Todo esto provenia sin duda de que yo reflexionaba, y el que reflexiona no ama.

Pero... de repente! La brisa de la tarde mecía la copa de los árboles; la luz decrecia apresuradamente, y en fin, el dia luchaba con la noche. Yo paseaba con mis amigos, indiferente á sus cuestiones de amor.

¿Lo creereis? Mis ojos se fijaron de improviso en un objeto; mis nervios se crisparon, y un frio de muerte heló todo mi cuerpo. Despues un calor infernal subió á mi cabeza, y mis pupilas y mis labios se amorataron. Quise pronunciar algunas palabras, pero... no podia; quise alejarme de aquel sitio, y tampoco podia; estaba fijo, inmóvil, como una piedra ante la pobre figura de una niña. Fijé la vista en ella, no sé si con espresion, pero recuerdo que su órbita se resintió. ¡Una niña! sí, una niña! Si la vieseis! ¡Qué hermosa es! Ella devolvió mi mirada con otra indiferente, curiosa, y esparció por sus escasos labios una sonri-

sa, tan inocente como cruel! Ah! entonces no sabéis lo que sentí! Me saltaban las sienes, se me retorcian los nervios. Estaba tan furioso como un tigre que vá á devorar su presa. Y aquel furor sobrenatural era vergüenza! vergüenza, sí, porque yo habia despreciado á las mujeres, y me acababa de humillar una chiquilla.

Mis amigos se rieron, y desde entonces no volví á ver á aquellos amigos. Al fin tuve valor para alejarme de aquel angel ó de aquel demonio que me habia seducido, y me recojí. ¡Qué noche pasé! Oh! Compadeceadme en aquella noche! Lloré! Lloré, por la primera vez en mi vida!

A la mañana siguiente fui á ver, á buscar á aquella niña, y la encontré. Yo no podia decirle con mis labios que la amaba, pero mis ojos se lo espresaron. O no me comprendió, ó no quiso comprenderme. Es indispensable otro sacrificio. Tomé la pluma y la dejé correr á impulso de mi pensamiento. Recibió mi carta. Oh! compadeceos otra vez de mí, porque de mí se ha reído otra vez! ¿Esto es vergüenza, ¿no es verdad? Yo! yo!—todas sus amigas se han reído con ella, todas me conocen y todas tal vez me desprecian porque yo sigo á A... por todas partes, porque como un perro, aunque me rechaza, no puedo separarme de ella, porque creo que algun día se apiadará de mí, porque yo no la pido mas que una mirada benigna, un instante de felicidad. Esto no lo sabe nadie, porque yo disfrazo mi cariño, porque procuro reirme con los que se rien, pero ahora, en este momento, ofuscado, sin reflexion, quiero transmitirlo que siento, quiero desahogar mi alma, quiero dar alguna expansion á este cariño.

¡Sí! sí! Locura! Vergüenza! Poquedad! Miseria! Lo conozco todo, pero la amo, mucho, mucho, tanto como ella me aborrece. Oh! ¿qué me importa que otros mas se rian de mí? ¿Quién no ha amado, quién no amará en este mundo? Y... ¿quién sabe! Ella tal vez leerá estas líneas de delirio, estas líneas que solo espresan en tropel mi amor, mi cariño, mi pasion. ¿Quién sabe! ¿quién sabe!...

Si me amase... ¿Qué felicidad!—V.



MISCELÁNEA.

—Una ilusion dramática.—La siguiente aventura tuvo lugar el año 1837 en el teatro de Hay-Market en Lóndres. Se representaba el *Piloto*, y dos marineros que estaban en el patio esperaban el desenlace con la mas viva ansiedad; cuando de repente, así que vieron atacado á Lon Tom-Coffin por los soldados americanos, uno de los dos marineros, que probablemente habia bebido algo mas de lo regular, se precipita á la orquesta y de allí al

tablado, volando en defensa de sus camaradas. Cuatro puñadas soberbiamente aplicadas fueron suficientes para derrotar á un regimiento entero de *yankees*. Mr. Gallot que hacia el papel de sargento recibió tan violento revés, que cayó en el suelo. Tan extraordinario incidente divirtió muchísimo á los espectadores, pero al cabo volviendo en sí los americanos se formaron á los gritos del comandante y fácilmente se hicieron dueños del enemigo. Los actores no permitieron que este incidente tuviese consecuencia alguna judicial, y pusieron en libertad al pobre marino, despues de haberle hecho entender, que aquellos no eran americanos sino ingleses paisanos suyos.

—Los Juglares.—La primera indicacion que se ha podido encontrar de los *Juglares* en España, ha sido en la crónica general, en donde hablando del casamiento de las hijas del Cid con los condes de Carrión (que debió ser hácia el año de 1098) se refiere que los *Juglares* intervinieron en las fiestas celebradas en Valencia con aquel motivo.

—Lo mismo se verificó despues cuando el Cid casó otra vez á sus hijas con D. Ramiro, infante de Navarra, y D. Sancho, infante de Aragon, segun refiere tambien la citada crónica.

—En los siglos posteriores se hace frecuente mencion de los *Juglares*, y á este fin pueden verse las *Leyes de Partida*, las obras de *Berceo* y *Joan Lorenzo*, y el manuscrito de las *cuentas de D. Sancho IV*; la *Historia de los reyes de Aragon* por Montaner, el *Conde Lucanor*, las obras del *Arcipreste de Hita*, la *Historia del monasterio de Sahagun*, el *Ceremonial del rey D. Pedro de Aragon*, y las noticias que el P. Liciniano Saez sacó del archivo de Contos de Navarra.

—Antigüedad de los espectáculos.—Las naciones bárbaras del Norte que invadieron á Europa, disfrutaron en España, como en las demas provincias del imperio romano, de los espectáculos, del anfiteatro, del circo, y de la escena, que hallaron establecidos, y ademas de los teatros de madera que se construian en ocasiones particulares, existiendo aun usuales tales como los de Sagunto, Acinipo, Carteya, Emerita Augusta y otros que yacen hoy desconocidos en sus ruinas.

Resulta de aqui, que 90 años antes de la irrupcion de los árabes en España, duraban los espectáculos del teatro, pudiendo inferirse que duraron hasta que Rodrigo perdió en Jerez la corona y la vida.

—Orígenes del teatro.—Pertenecen al siglo XII las primeras noticias que se conservan de la existencia de piezas dramáticas en España, orígenes de nuestro teatro. Nadie duda que desde esta época en adelante continuaron estos espectáculos en todas las naciones de Europa, y solo Grecia llegó á perderlos á fines del siglo XV, como se ha dicho.

—*Los primeros poemas.*—El primer poema castellano de los que hoy se conservan, es el del *Cid*, escrito por autor desconocido, à mediados del siglo XII.

—El clérigo Joan Lorenzo, natural de Astorga, escribió por los años de 1250 un poema de la vida de Alejandro, siguiendo en general la narracion de Quinto Curcio. El lenguaje de este autor es mucho mas culto que el del poema del *Cid*.

—Floreció por el mismo tiempo el presbítero Gonzalo de Berceo, en que compuso entre otras obras poéticas, la vida de santo Domingo de Silos, la de S. Millan, la de santa Oria y el martirio de S. Lorenzo.

—Alfonso X llamado el Sábio, escribió algunas composiciones poéticas en castellano y en gallego, escritas en obsequio de la Virgen, las cuales se conservan con la música que las puso él mismo.

ECONOMIA RURAL.—*Modo de cebar las aves, y utilidad de estas en las casas de campo.*—Del *Cultivateur*, periódico que se publica en París, y cuenta largos años de vida, tomamos el siguiente artículo, que recomendamos á nuestros lectores.

Los pollos que se hayan de cebar, dice el citado *Cultivateur*, serán aquellos que parezcan enfermizos (y no se crea por esto que los otros no sean á propósito para el caso), ó que no se hayan criado con tanta robustez como sus compañeros.

Elegidos los que se destinen á este objeto, se ponen en un tonel sin suelo, lleno de paja hasta la mitad, cubierto con una red, y encima de la red, una estera tambien de paja para que no vean la luz. En cada tonel se pueden poner cuatro, y en cuanto á las comidas se les darán tres al día.

El alimento se ha de componer de una parte de arina de cebada y dos de leche caliente, ó bien recién ordeñada. Para dárselo se hace lo siguiente: se le sujetan las patas con un trapo con un pie descalzo para no lastimarlo y para que no se mueva: en seguida se les abre el pico, y por medio de un embudo algo curvo por su estremidad inferior, se le da la comida, y hecho esto, se le traslada á otro tonel, cuya paja se habrá renovado, mas no toda, porque no hay necesidad, sino la de encima que será la que se habrá ensuciado. En lugar de leche se puede emplear manteca de puerco, y en este caso la carne es mas sabrosa, aunque no de tan buen color.

Adviértase que es menester tener mucho cuidado en la cantidad de alimento que se les ha de dar á los pollos; pues el primer día no conviene darles mas de media racion, el segundo dos tercias partes, y el tercero el todo que necesiten. Por lo comun á los 18 dias de cebados han hecho ya toda la carne que deben hacer, y entonces es cuando se observa que el pollo, que antes de cebado pesaba por ejemplo una libra, al cabo de los 18 dias pesa tres. Para que los pollos esten buenos de comer, es preciso que no pasen de seis meses, porque si

pasan, se ponen demasiado duros; y asi lo mejor es principiar á cebarlos á las ocho ó diez semanas de nacidos, teniendo la precaucion de resguardarlos del frio, si es en tiempo de invierno.

Hay cosas que parecen insignificantes, y en realidad no lo son: las gallinas, por ejemplo, no obstante el desprecio con que algunos las miran, son frecuentemente un recurso y un provecho de no poca consideracion, atendido el poco gasto que tienen: porque sabido es que una parte de su alimento son los granos que hallan perdidos en los corrales, en el estiércol, y en el escremento de los animales; y téngase entendido, que esa parte constituye nada menos que el todo del alimento que necesitan y se completa con las achadura y el barrido de la era.

En un cortijo de 300 fanegas de tierra se pueden mantener 330 gallinas, y suponiendo que de cada una no queden mas de 80 huevos despues de deducidos los muchos que se pierden por mil causas de todos conocidas, resulta que cada gallina deja al año un producto de 16 rs. cuando menos; de forma que multiplicada esta cantidad por 300, que es el número de gallinas que hemos dicho, no comprendiendo en él los gallos, da un total de 4,800 rs. es decir, casi la mitad de lo que produce el ganado lanar en Francia con gastos muy superiores á los que tienen aquellas aves; y cuenta que no hemos andado muy largos en valuar el producto de cada una; pues estamos seguros de que nadie dará por 16 rs. las próximas siete docenas de huevos que hacen los 80 calculados.

En apoyo de esto mismo, presentamos otro dato que nos ha proporcionado un antiguo labrador en una de nuestras provincias meridionales de España. En una posesion de cabida de 45 fanegas de tierra, llegó á tener dicho labrador hasta 200 gallinas que le produjeron al año la cantidad de 3,650 reales; por manera que en las 300 del articulista francés, se podrian mantener no ya 320 sino 1,200 gallinas, que habrian de dejar anualmente 21,900 rs. no haciendo cuenta de 30 fanegas que dejamos en claro.

Vése, pues, que no son las gallinas tan insignificantes como se piensa. Las gallinas ofrecen además la inapreciable ventaja de limpiar el estiércol de las semillas que son luego objeto de repetidas y por tanto costosas operaciones agrarias, como que plagan las tierras de malas yerbas.

Labradores hay en Francia, que temen las escaraduras de las gallinas, como perjudicial á los buenos efectos de los abonos; pero lejos está este temor de ser fundado, porque como por lo regular, todos los dias se aumenta la basura, claro es que donde escarvan es únicamente en la superficie, como en la parte que puede contener algo que comer. (H.)

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.